

cúrea de los átomos en el vacío y la lluvia del paralelismo entre los atributos infinitos de Espinosa. Frente a Aristóteles que defiende el primado del intelecto y la naturaleza sobre el azar y la fortuna, en el materialismo aleatorio las formas son el resultado de la combinación exitosa de diferentes causalidades necesarias que producen una organización que perdura. Hay, pues, un primado del encuentro sobre la forma, ya que ésta es el producto de uno o más encuentros exitosos. La contingencia no es aquí una excepción de la causalidad, como en Aristóteles, sino que la necesidad es el resultado del devenir necesario de los encuentros contingentes. Para esta consideración Althusser utiliza a Darwin contra Hegel al considerar que las formas naturales emergen como resultado del encuentro complejo de un número muy amplio de elementos constituyentes. El mundo de las formas naturales es el resultado del entrelazamiento de diversas necesidades aleatorias, carentes de un proyecto definido o telos.

Concluimos recomendando la lectura de este interesante libro que desarrolla un materialismo aleatorio y relacional que tiene en Espinosa, Darwin, Marx y Althusser sus hitos más sobresalientes y que puede ser un útil antídoto contra los diversos tipos de espiritualismos y misticismos tan extendidos actualmente.

Francisco José MARTÍNEZ

RENSOLI, Lourdes: *La polémica sobre la Kabbalah y Spinoza: Moses Germanus y Leibniz*. Granada, Editorial Comares, Colección *Nova Leibniz*, n. 2, 2011, 112 p.

El libro es una excelente síntesis del entorno kabbalístico y filosemita que rodeó la vida de Leibniz, sobre todo del último Leibniz. La autora conoce de primera mano la tradición judía, que ya ha estudiado en textos anteriores, y ha redactado aquí un pequeño libro muy bien informado, que contiene, tanto en el cuerpo del texto como en la bibliografía final, las fuentes principales para el conocimiento de la época. Añadiría, incluso, que para los tradicionales lectores de Leibniz constituye una perspectiva poco frecuentada y, sin embargo, importante para la comprensión cabal del pensamiento del filósofo.

Desde sus juveniles contactos con los movimientos *underground* del continente, todos ellos influidos por rosacruces, herméticos, teólogos de todo signo, alquimistas y los así llamados kabbalistas cristianos, pasando por sus posteriores conversaciones en Sulzbach con Christian Knorr von Rosenroth, editor de la *Kabbalah Denudata*, y su amistad y colaboración con F. M. van Helmont..., hasta la redacción de sus *Animadversiones in G. Wachterii 'Elucidarius Cabalisticus'*, Leibniz estuvo siempre muy atento a todo aquello que la tradición judeo-kabbalística podía ofrecer a su visión del mundo. Merece, pues, un lugar destacado un libro que explora, aunque sólo sea, un pequeño rincón de estas divagaciones del filósofo de Hannover: la convulsa biografía de Johann Peter Spaeth, el converso "Moses Germanus", que permitió a Leibniz volver de manera más directa sobre algunas de sus divergencias con Spinoza.

La autora nos ofrece en la Introducción una visión general de la Kábbalah (de las Kábbalahs) y del complejo panorama filosófico y religioso en que ésta se movía. Conversiones en uno y otro sentido, represiones e intolerancia por parte de las autoridades religiosas y políticas, confusión acerca del sentido de los textos bíblicos y su interpretación.

Magnífica y con suficiente detalle, en tan pocas páginas, la recogida del material existente. En la misma Introducción advierte ya la Dra. Rensoli que su investigación no se va a ocupar del conflicto “Spinoza – Kábbalah – Leibniz”, y se va a limitar a exponer, cito textualmente, “la opinión errónea de Leibniz sobre Moses Germanus a partir de una caracterización de esta singular figura, su contexto histórico e intelectual (la polémica sobre la Kabbalah) y su significación sobre la historia del pensamiento, por cuanto Moses Germanus, situado en un momento de bastante incertidumbre religiosa en medio de los conflictos engendrados por ella y por los sectores del poder, y abrumado por la necesidad de hallar nuevos caminos para el conocimiento y la fe, vivió muy de cerca o personalmente todos estos fenómenos y tomó parte en importantes discusiones, de modo que puede afirmarse que la evolución de su pensamiento y de su persona refleja las interrogantes y respuestas, fallidas, temporales o cuasi definitivas del siglo XVII” (p. 23s; 85).

De acuerdo con este diseño, los capítulos I y II están íntegramente dedicados a la trayectoria vital, a los bandazos espirituales y a las interminables polémicas de Moses Germanus en su desesperada búsqueda del conocimiento y de la fe verdadera; como dice la autora, el “caso Moses Germanus” bien podría ser el paradigma del honesto “buscador” en la convulsa Europa de finales de siglo y bien merece una biografía. Todo ello se expone muy bien contextualizado dentro de la nómina general de otros conversos, judaizantes, hebraístas cristianos, o desertores por ambos o múltiples bandos (algunos de ellos bien conocidos en la literatura spinoziana, otros no tanto).

El capítulo III nos ofrece ya la polémica final (¿) sobre la Kábbalah, la sombra de Spinoza y la presencia de Leibniz entre George Wachter y Moses Germanus. El debate se había iniciado bastantes años atrás entre Johann Reuchlin (y sus continuadores, entre ellos Jacob Böhme) y Johannes Pfefferkorn. Éste, un judío converso, defendía la ruptura insalvable entre Judaísmo y Cristianismo, mientras que buena parte de hebraístas consideraban precisamente la tradición judía, y los libros sagrados, como un anticipo del Cristianismo, como las raíces de las que habría que extraer la doctrina cristiana (todavía no se sabe si “para convertir a los judíos” o “para judaizar a los cristianos” o “todo lo contrario”!). A su vez, la polémica se complicaba en saber si las distintas versiones de la Kábbalah eran una buena interpretación de los libros sagrados o, más bien, una corrupción de la sabiduría ancestral.

Johann Peter Spaeth había recorrido todos los caminos: católico de origen, había pasado por los protestantismos y, finalmente, llegó al judaísmo convencido de que ésta era la religión verdadera original y salvífica y se convirtió en un apasionado apóstol de la verdad ante el asombro y dolor de sus antiguos y numerosos correligionarios. Supuesto colaborador (¿) con Rosenroth y F. M. van Helmont en la edición de la monumental *Kabbalah Denudata* (1677-1684), renunció más tarde a ella pues, según llegó a entender él, la Kábbalah Luriánica, que era pieza fundamental de la nueva edición, podría conducir al politeísmo, y así lo hizo constar en una célebre carta que en 1696 escribió a F. M. van Helmont. Jesús de Nazareth habría sido un judío piadoso que esperaba la llegada del Mesías, como tantos otros, pero su deificación habría sido una filtración espuria de los ritos paganos griegos y romanos, la helenización del Cristianismo; los Evangelios habrían corrompido las Escrituras y tergiversado la historia de Jesús, etc. En fin, Constantino habría sido el verdadero fundador del Cristianismo y, en todo caso, habría que volver a los primitivos cristianos. Tras peregrinar por muchos países y ciudades y redactar numerosos panfletos y exhor-

taciones, cuya reseña la Dra. Rensoli consigna en su bibliografía, Moses Germanus se afincó en Ámsterdam, donde se publicó en 1701, año de su muerte, su “Gran Hossianna o la Venida del Mesías”, con tintes ya pre-sionistas.

En este contexto intelectual se inscribe la polémica final entre George Wachter y Moses Germanus en Amsterdam. Wachter, mentalmente tan voluble como el propio converso, había publicado sus debates con él en un libro titulado “Der Spinozismus im Judenthumb” (1699), donde criticaba duramente tanto el spinozismo como la Kábbalah. Pero pocos años después parece que lo pensó mejor y redactó su “Elucidarius Cabalisticus, sive reconditae Hebraeorum philosophiae brevis et succincta recensio” (1706), donde tanto el uno como la otra venían a representar la mejor tradición del judaísmo y del cristianismo. Leibniz no conoció probablemente ninguna de las obras de Moses Germanus, pero leyó con suma atención el “Elucidarius” y sólo a través de este libro conoció, quizás deformada, la figura del converso, al mismo tiempo que nos dejó, también a través del último Wachter, algunos pensamientos sobre Spinoza en sus “Animadversiones in G. Wachterii ‘Elucidarius Cabalisticus’”, que editó Foucher de Careil en 1854, y del que Philip Beeley ha hecho la edición crítica en la *Leibniz Review*, 12, 2002, p. i-viii + 1-14.

La Dra. Rensoli señala con razón el desconocimiento de Leibniz acerca de la trayectoria intelectual de Spaeth pero, de acuerdo con el proyecto de su ensayo, deja en segundo plano la posición del filósofo de Hannover frente al misticismo hebreo y su conexión con Spinoza, temas ambos que, como es bien sabido, interesaron sumamente a Leibniz desde joven, a la búsqueda de la “verdadera cabala”, como recuerda Beeley en su breve introducción. No es poco, de todas maneras, que la autora haya roturado estos caminos y puesto a disposición de los lectores en lengua española estos oscuros rincones que también forman parte de la cosmovisión de Leibniz. Me gustaría sugerirle que nadie como ella en la actualidad estaría en condiciones de ofrecernos una versión española de las “Animadversiones” leibnizianas a la obra de Wachter y sus entornos spinozianos, que yo personalmente espero y deseo.

Bernardino ORIO DE MIGUEL

RIBEIRO, Maria Luisa; PIRES, Diogo; FERON, Oliver, (Ed.): *Spinoza. Ser e agir*. Lisboa, Centro de Filosofia da Universidade de Lisboa, 2011, 271 p.

Este volumen recoge las comunicaciones presentadas a la conferencia celebrada en la ciudad de Évora los días 28-30 de octubre de 2010, organizada por la universidad de esta ciudad, las de Lisboa y la colaboración del Seminario Spinoza de España. Con el permiso de los editores y autores de este hermoso libro, que he leído despacio en su integridad, pero ante la imposibilidad de hacer aquí una síntesis mínimamente fiable de tantos y tan serios estudios, que haga justicia a sus autores, me limitaré esta vez a algunos breves comentarios un tanto personales, por si en algo sirve mi pequeña contribución, siquiera sea “post limina”.

Confieso que soy un viejo y asiduo lector de Spinoza desde los tiempos ya remotos en que hube de abordarle el día de mi promoción profesional. Desde entonces, y dedicado fundamentalmente a desentrañar los vericuetos de su llamado “adversario” Leibniz, la figura de